

EL PRIMER PATRONO Y EL PRIMER RECTOR

Por Monseñor FELIX HENAO BOTERO

(Oración leída por el Señor Rector de la Universidad, en el acto de inauguración de las estatuas de Monseñor Salazar y Monseñor Sierra).

Mi presencia aquí se explica por la delicadeza espiritual de la Junta Organizadora en el Décimo Séptimo Aniversario de la Universidad Pontificia Bolivariana.

Monseñor Salazar me ungió el óleo del cristianismo, me condujo en la primera catequesis, y me nombró rector. Monseñor Sierra ha sido toda mi vida, desde el Seminario hasta hoy, el preceptor de mi labor educacional; por él fui a Roma, él me colocó en los claustros venerables de la Universidad de Antioquia y me llamó a colaborar en el Bachillerato cuando surgía como una ascua de aspiraciones y afirmaciones la Universidad Pontificia Bolivariana; al partir en el holocausto supremo de su apostolado sin pausas, me sugirió para sucederle en esta cruz de responsabilidades. Tremenda encomienda que yo acepté por obediencia y por ser modesto pero lealísimo intérprete de su pensamiento, misión y compromiso con Dios y con la Patria.

Vosotros, Excmo. Arzobispo y epónimo rector habéis delineado una arquitectura orgánica para las juventudes colombianas, alegres, denodadas y magnánimas. Habéis dibujado una Universidad científica con los adelantos modernos más espléndidos; y ahí están los ingenieros químicos en la capitanía técnica de numerosas empresas nacionales; los arquitectos urbanistas orientando, escudriñando y avanzando sobre el territorio nacional en noble alarde de colombianismo, con un sentido cristiano de la vivienda y la osadía en las construcciones; los universitarios de ingeniería eléctrica escrutan en laboratorios modernísimos la ciencia de los átomos y su desintegración como galardón del dedo de Dios que esconde su poderío también en la partícula infinitesimal. Deseásteis una aguerrida falange de juristas y abogados, intér-

pretres del derecho natural y divino, de la cuestión social y de los fueros de la persona humana a la lumbre de la fe y allí los tenéis, dispersos en el foro y el periodismo, en las gerencias y la diplomacia, en la judicatura y en la administración pública, en el ensayo, las revistas y los libros, insomnes vigilantes de la ética profesional y de los grandes postulados del cristianismo.

Vuestra prócera estatura espiritual deseaba un bachillerato humanístico en el contenido, severo en la metodología de la disciplina en los estudios a la par que humano, muy humano en el diálogo cordial entre profesores y estudiantes. Ahí tenéis diez y seis años de bachilleres egresados, cuya hoja de vida ha sido meritoria en general y los adolescentes del bachillerato, preclara falanje en vía de superación.

En los bancos y en la administración financiera se requerían jóvenes responsables, bien dotados y equilibrados en el manejo de la contabilidad y las finanzas: el sector de comercio prospera cada día y su mística de esfuerzo es una de las más calurosas entre los claustros universitarios.

Queríais una primaria numerosa por dos razones particulares: porque las plegarias de los chicuelos sostienen la vida espiritual de la Universidad y porque en los primeros años era preciso infundir toda el alma, el vigor y la osadía de los principios tutelares. Las preparatorias son nuestro galardón y la porción privilegiada de esta institución.

La mujer educada con características definidas ingresaba en vuestros planes; ahí están filosofía y letras como sumo intelectual que va a sorprender a Colombia; arte y decorado, sutilísima filigrana de frescas creaciones; el círculo femenino, austero sembradío de criterio cristiano y las niñas de las facultades que engalanan y perfuman los claustros con la sencillez del esfuerzo cotidiano no inferior al de los varones y el encanto de sus virtudes femeninas y cristianas.

Vosotros os dolíais por la demagogia, sordina de programas marxistoides sobre las clases trabajadoras, consigna en la época dolorosa del alumbramiento de nuestra institución y habéis querido reemplazar la vociferación callejera por la callada labor del aprendizaje en talleres y dentro del círculo nocturno para obreros. Los talleres cobran sentido y eficiencia; del círculo obrero van saliendo muchachos responsables, conductores sindicales cristianos, contabilistas y gentes amigas de la Iglesia y de Colombia. En los primeros baluceos universitarios se pensó en el estudiante sin recursos y hoy llegan a un centenar los becados; se creyó obligatoria la misión social de las profesiones cuyo eco realizan los estudiantes de jurisprudencia y de arquitectura en el Instituto Pío XII, amigo del pobre y realizador de empeños callados en favor de su vivienda.

Vosotros sabíais que todos tenemos pecado original y por lo tanto malas inclinaciones. El templo y las capillas, la Acción Católica y las Sociedades de San Vicente, la vida espiritual de los primeros viernes, el influjo personal y la conducta austera de los educadores y el ambiente familiar, han venido conjugándose en un esfuerzo por educar cristianamente en esta época en que ser castos los jóvenes es un heroísmo semejante al de los primeros cristianos, al decir del Pontífice reinante. Cada año desfilan al Seminario una porción escogida de

estudiantes; enviamos a las Congregaciones Marianas, a la Acción Católica, al Apostolado Obrero, al periodismo católico y a la radiodifusión cristiana, jóvenes ejemplares, discretos muchachos a quienes Nuestra Señora del Santísimo Sacramento y Santo Tomás de Aquino educan para las jornadas superiores del espíritu.

El Papa nos ha bendecido y enaltecido a la jerarquía pontificia. La patria nos ha tenido cordiales y confiados a su alcance. La sociedad nos estimula sin desmayo. Nuestro Pastor y los Prelados nos apoyan, orientan y bendicen. Gentes sencillas y recatadas monjitas ruegan por nosotros y aquí va, camino del porvenir, la fábrica grandiosa universitaria. Somos cordiales colaboradores con las universidades colombianas y vivimos acá "ni envidiados ni envidiosos" cantando el himno del deber con el apoyo de un profesorado que es honra del país, dirigido por el Consejo Superior, comprendido y estimulado en sus proyectos por la diligencia magnánima de las Juntas Económicas.

Mirad cómo bendice sonriente el Arzobispo fundador! Su figura se enlaza con la de Bartolomé Lobo Guerrero y Fray Cristóbal de Torres, creadores de la Universidad en la nación, como soportes del arco toral de la república cristiana.

La Pontificia Bolivariana, la Normal Antioquena y las Escuelas Eucarísticas son, Excmo. Sr. Salazar y Herrera, vuestra escolta hacia la perennidad en el amplio derrotero de la historia nacional.

Allí, vigilando el ingreso universitario, Monseñor Sierra, con su gesto peculiar ordena a las juventudes la conquista del porvenir con el carácter, el cristiano sentido de la vida, y la fe en la Universidad y en el alma estudiantil.

La estatua de Monseñor Salazar es acogedora y pastoral; la de Monseñor Sierra conductora y profética. Ambas se yerguen para dar la orden del día, hoy, en el décimo séptimo aniversario de la gloriosa institución Pontificia y Bolivariana.

Superiores, profesores y estudiantes! Juráis a Dios y prometéis a la Patria cumplir vuestra misión como lo hicieron los profesores y estudiantes fundadores, próceres de la vida universitaria en el país?

Si así lo hicieréis, Dios y la Patria os galardonen; y si no, El y Ella lo demanden!